

LOS RETRATOS DE EL FAYUM

National Geographic Historia, nº 146

Los retratos de El Fayum (aproximadamente dos millares) ponen cara a una comunidad que vivió hace dos mil años en una recóndita región del espacio mediterráneo. Son dos mil rostros perfectamente individualizados que siguen interpelando a todo aquel que los contempla. Por ello, desde que se dieron a conocer a finales del siglo XIX, filósofos, poetas e historiadores del arte no han podido sustraerse a las emociones que suscitan estos pequeños cuadros.



El Fayum es el nombre de un oasis a un centenar de kilómetros al suroeste de El Cairo ocupado desde épocas muy antiguas. El Fayum experimentó una profunda transformación desde finales del siglo IV a.C., tras la conquista de Egipto por Alejandro Magno y la instauración de la dinastía helenística de los Ptolomeos. Gracias a la llegada de un gran número de colonos, incluidos algunos soldados macedonios que recibieron tierras muy fértiles y promovieron trabajos de canalización, el oasis se convirtió en un auténtico vergel, con cultivos diversificados entre los que destacaban el grano y el aceite, muy valorados por la monarquía ptolemaica. Estos nuevos terratenientes de origen griego, junto con los propietarios egipcios, los inmigrantes de otras

zonas del Mediterráneo y los agricultores y artesanos asalariados autóctonos, conformaron una población multicultural que creció a lo largo del periodo romano.

El carácter multicultural de la sociedad de El Fayum se reflejó en muchos aspectos de la vida cotidiana, por ejemplo en sus nombres (tanto griegos como egipcios), pero la muestra más llamativa de la síntesis de cultura griega y egipcia la ofrecen las prácticas funerarias. Pese a que griegos y romanos provenían de culturas que durante siglos habían privilegiado la incineración, los habitantes de El Fayum y otras áreas de Egipto acabaron por adoptar el método egipcio de la momificación, que buscaba preservar el cuerpo del difunto para así permitirle el acceso a la vida eterna.

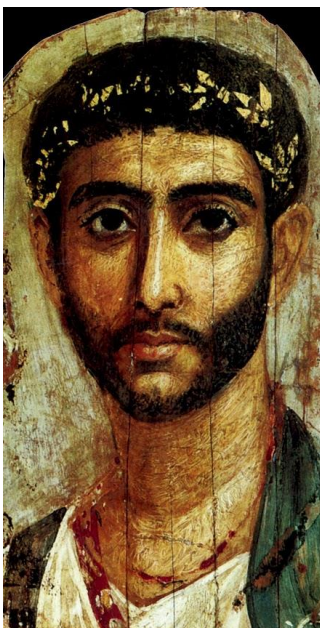
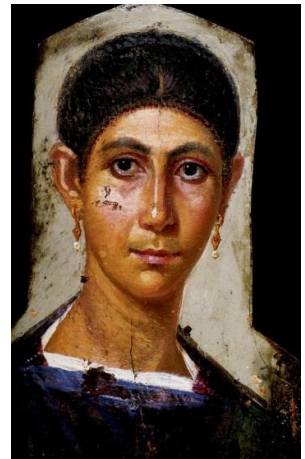
Las miles de momias halladas en el oasis muestran el proceso de embalsamamiento a que eran sometidos los difuntos en el Egipto grecorromano: se les extraían las vísceras, y el cuerpo era deshidratado y curtido con una sal llamada natrón. Seguía un



tratamiento a base de aceites y ungüentos, y la adición de elementos de relleno para conservar al máximo la fisonomía del difunto. Luego se envolvía el cuerpo con vendas, se celebraban rituales funerarios y se introducían amuletos protectores. Este proceso, que en época faraónica era largo, complejo y costoso, se simplificó y adaptó al menos poder adquisitivo de las familias, lo que daba lugar a momias menos duraderas.

Pero si la momificación se ajustaba a una antiquísima tradición egipcia, la población de El Fayum le añadió un elemento singular heredado de la cultura grecorromana: el retrato del difunto que se colocaba sobre la momia. Es cierto que, desde el Imperio Medio, en el mundo faraónico existía la costumbre de envolver la cabeza del difunto con máscaras funerarias hechas de cartonaje (capas de tela o papiro que se cubrían de yeso y se pintaban), en las cuales se retrataba al difunto de modo idealizado, como una persona deificada, de edad indefinida y sin rasgos individuales. En cambio, a partir del siglo I a.C., en El Fayum y otras zonas del Egipto grecorromano, sobre las máscaras se empezaron a plasmar retratos propiamente dichos con los rasgos de la persona fallecida, imágenes que reflejaban la edad real a la que aquella murió.

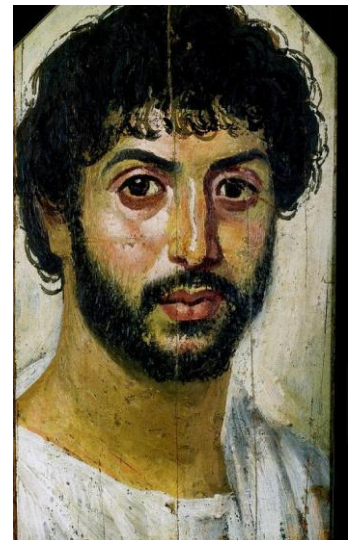
Este tipo de representaciones puede relacionarse con el arte del retrato tal como se desarrolló en el mundo helenístico, quizás en relación con el deseo de Alejandro Magno de difundir su imagen. Pero su antecedente más directo se encuentra en la tradición romana de los bustos o máscaras funerarias, que destacaban por su naturalismo con toques de verismo y la exageración de los rasgos y de la expresión. Estas máscaras funerarias servían para que la familia del difunto recordara la ausencia del ser querido y ensalzara sus virtudes y sus logros, así como los del linaje aristocrático al que pertenecía.



Los retratos de El Fayum desempeñaban una función similar. Los personajes retratados pertenecían seguramente a terratenientes de origen grecorromano, como sugiere el hecho de que las momias decoradas de esta manera se concentren sobre todo en la zona más fértil del valle del Nilo. Aunque es cierto que no todos los difuntos retratados son de clase elevada, y que es muy difícil determinar si son griegos o egipcios, es innegable que las personas representadas se visten y se peinan como miembros de una población urbana y helenizada, muy distinta de la clase popular autóctona, que permanecía al margen de la identidad cultural griega.

Sin embargo, la impresión de verismo e individualidad que emana de estos retratos puede resultar engañosa. Los especialistas han notado que muchos de ellos son producto de un trabajo estandarizado en talleres de pintores; estos empleaban como base unos dibujos esquemáticos sobre los que luego definían unas facciones pretendidamente realistas. En efecto, si se comparan los distintos retratos se puede observar que el óvalo de la cara, el cabello, la forma de la boca, la barbilla y la nariz, además de la postura y las dimensiones, son a veces casi idénticos de un retrato a otro; tan sólo las cejas y los ojos presentan cierta singularidad e individualizan al difunto.

Pese a ello, en los mejores retratos se nota la mano de auténticos artistas formados en la tradición de la pintura clásica griega, capaces de evocar fielmente el rostro y la expresión del difunto. Para los retratos se utilizaba la técnica de la encáustica, caracterizada por la utilización de la cera de abeja (o un derivado conocido como cera púnica) como aglutinante para la mezcla de los pigmentos, minerales y vegetales. Este procedimiento permitía resaltar las texturas y los volúmenes por medio del color, y crear multitud de matices cromáticos para trasponer el color de la tez y la intensidad de la mirada. Incluso se ha sugerido que los retratos eran pintados en vida y se colgaban en las paredes de las casas hasta el momento en que se depositaban sobre la momia.



El conjunto de retratos de El Fayum muestra toda la variedad de tipos humanos de esta región de Egipto. Los niños figuran con su fisonomía inmadura y con un aro dorado o torque alrededor del cuello, del que pende un *bullá*, símbolo romano de su condición infantil. A partir de los 14 años, los jóvenes aparecen casi siempre con un discreto vello encima del labio superior, siguiendo una tradición iconográfica puramente clásica.

Los adornos permiten conocer la condición social del difunto. En un conocido retrato, una estrella de siete puntas identifica seguramente a un seguidor del dios Serapis, mientras que la corona dorada indica la elevación del difunto a la condición de héroe según la tradición macedónica; este era un privilegio reservado a las clases superiores, como las diademas macizas de oro y los pesados collares con gemas engarzadas que aparecen en una fase más avanzada.

Los hombres suelen vestir túnicas blancas con bandas verticales de color rojizo o púrpura como signo de distinción, mientras que las mujeres llevan vestidos de colores con algún detalle decorativo en el escote y también con bandas verticales oscuras. Otros protagonistas, de posición social inferior, exhiben su condición de soldado luciendo bandoleras para el armamento.

Aunque hoy vemos los retratos de El Fayum como obras de arte, no hay que olvidar que fueron pensados con un propósito funerario. La fijeza de la mirada y la gravedad del rostro caracterizan todo el conjunto; en algunos casos, incluso, el difunto aparece sin adornos, dejando que el rostro hable por su alma. Y es que los retratos cumplían una función en la oscuridad de la tumba: sea cual sea el estilo en el que el difunto aparece representado –ya sea con la cabeza ladeada de tres cuartos según los preceptos clásicos del arte figurativo o con una marcada frontalidad según la tradición oriental de la imagen religiosa–, su imagen no se dirige a los vivos sino al Más Allá, exhibiendo los símbolos de la vida eterna en sus manos.

